

SONATA
del
DIABLO

56.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

SIXTO SÁNCHEZ LORENZO

SONATA
del
DIABLO

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por D. Emilio A. Boja Malavé como presidente del jurado, D. Fernando Fabiani Romero como secretario, y como vocales, Dña. Espido Freire, Dña. Mercedes de Pablos, D. Francisco Prior, D. José Vallecillo, D. Francisco Cañadas, D. Gervasio Posadas y D. Miguel Ángel Rodríguez Matellanes. La novela *Sonata del Diablo*, de Sixto Sánchez Lorenzo, resultó ganadora del 56.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2024

© Sixto Sánchez Lorenzo, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-939-6

Depósito legal: SE. 1854-2024

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Primo movimento: Larghetto</i>	9
I. Silencio... ..	11
II. <i>Largo</i> (Sonata n.º 1 en fa mayor para cello y bajo continuo, de Benedetto Marcello)	21
III. <i>Ut queant laxis</i>	31
IV. Madera de abeto rojo.....	41
V. Monocordio	53
VI. <i>In nomine Dei</i>	65
VII. <i>Resonare fibris</i>	73
VIII. Madera de arce	82
IX. <i>Ombra mai fu suave più</i>	91
X. <i>Liber de ludo aleae</i> , de Girolamo Cardano	98
XI. <i>Madrigali guerreri e amorosi</i>	112
XII. <i>Mira gestorum</i>	126
XIII. <i>Tombeau pour Monsieur Lully</i> , de Marin Marais ..	138
 <i>Secondo movimento: Allegro</i>	 151
XIV. <i>Fuggi dolente core</i> , de Biagio Marini.....	153
XV. <i>Lacrime amare</i>	167
XVI. Cristal de Murano.....	179
XVII. Tempo.....	191

XVIII.	<i>Famuli tuorum</i>	199
XIX.	<i>Pur ti miro, pur ti godo</i> , de Claudio Monteverdi..	214
XX.	<i>... Carthaginem esse delendam</i>	221
XXI.	<i>Ego te absolvo</i>	232
XXII.	Sonata del Diablo	243
XXIII.	<i>Grave del Concierto n.º 95 en re mayor</i> , de Giuseppe Tartini	254
XXIV.	Madera de nogal.....	263
XXV.	<i>Solve poluti</i>	279
XXVI.	<i>Labri reatum</i>	298
<i>Terzo movimento: Andante-Allegro assai</i>		313
XXVII.	Volutas	315
XXVIII.	Puentes	335
XXIX.	<i>Pasacaglia: Sonatas del Rosario, n.º 16</i> , de Heinrich Ignaz Franz von Biber	347
XXX.	<i>Sancte Johannes</i>	363
XXXI.	Títeres	385
XXXII.	Cuerdas.....	399
XXXIII.	Alma... ..	413
AGRADECIMIENTOS		423

PRIMO MOVIMENTO:

LARGHETTO

SILENCIO...

LA MÚSICA NO ES MÁS QUE SABIO SILENCIO ENTRE NOTAS afortunadas, solía decir el maestro... Apenas percibo las notas estridentes de las campanas de san Domenico. He de creer que las cenizas del maestro no se rebelan al son del tañido desafinado que proviene de la vieja iglesia donde reposan sus restos, y me regocijo por ello. No habría mayor condenación para un espíritu tan ávido de armonía como el suyo, y confío en que la mudez eterna dé descanso merecido a su alma, que en gloria esté. Por fortuna, en mi senectud, ya con menguado palpito, puedo apreciar ese vacío mejor que nunca y él me da el contrapunto para recordar una vida rebosante de infinitos momentos tácitos y parca en notas afortunadas. La muerte da sentido a la vida, como el silencio a la música. La mía se aproxima y escucho, sereno, ese silencio, para hallar en la armonía del tránsito los acordes de mi propia vida, más larga acaso de lo que es menester...

Llueve y puedo sentir cómo arrecia el agua. Repica en las ventanas para ahuyentar en vano mis remembranzas. Ignora que su flujo es mi primer recuerdo después del silencio, la pri-

mera música antes que la música, el rumor que abrió mis ojos y me desveló la noche y el día. Pues me alumbraron a su vera, en un viejo molino de la aldea de Cròta, a orillas del Adda, cerca de su afluencia al gran Po. Cuando mi vida empezó a rodar, el agua se precipitaba y se aliviaba a un tiempo, el rodezno giraba sin descanso, croaban la rangua y el gorrón, y un robusto abeto centenario agitaba la espada y hacía retumbar la volandera. Aroma de abeto viejo, melodía de agua dulce y triquitraque hubieron tal vez de sellar mi destino. No estaba escrito en él que yo fuera molinero, como mi padre, por más que mis primeros pasos los diera para arrimar a la tolva granos de cebada y de trigo.

Si hubiera de estimar los años de mi corta infancia, los mediría con generosidad. Entonces cada estación era un lustro, y los caminos de Cròta se antojaban inmensos canales por donde aventurar travesías infinitas. El universo se expandía no más de dos leguas alrededor de esa tolva en que se vertía el grano, todo el océano podía contenerse en las pozas donde pescábamos al atardecer, los sueños se tejían al arrullo plácido del agua y para alcanzar la eternidad bastaba con observar la constancia de su curso.

Por si no fuera así, Tomasso Ancelli, mi padre, me procuró el bautismo al poco de nacer. Lorenzo fue mi onomástico, en memoria del padre de mi padre, a quien no conocí. Tardé una década en reparar en mi verdadero nombre de pila bautismal. Toda mi infancia creí de buena fe llamarme Nonpenso. Mi propensión a las ideas absurdas y a los actos consonantes con tales ideas me valió el apodo. Acaso al principio mi padre lo hiciera con ánimo didáctico, pero la reiteración en el despropósito me hizo acreedor a un sobrenombre que se acomodó a mi niñez con la natural asiduidad con que las golondrinas vuelven al nido. Giovanni Battista y Francesco, mis dos hermanos menores,

nunca me conocieron de otra forma; ni siquiera mi madre, cuyo recuerdo tierno no puedo separar de sus amonestaciones, me invocaba de otra manera. Lorenzo pasó así al olvido y, sin acertar a columbrar el cauce de su propagación, forrajeros, herreros, carpinteros, labradores y hasta el propio canónigo que me bautizó me conocían como «Nonpenso» Ancelli. Y a fe que el apodo era propicio.

Mientras fui Nonpenso, la primera década de mi larga vida, hice honores a mi atributo. Recuerdo haber vivido en la mayor dicha, y si la cavilación y la búsqueda del saber son la esencia del ser humano, que lo hacen pensante y diverso a las alimañas, es obligado reconocer que crecí en la inconsciencia más montaraz y menos meditativa. Por añadidura, tampoco barruntaba que fuera posible otra forma de vivir. Mi padre era casi analfabeto. Firmó el arriendo del molino con el corretaje del padre Girolamo Scriboni, dentro de lo que el buen hombre podía negociar con los Stanga. Nada sabía yo si el molino era o no de su propiedad. A mis ojos todo era dominio nuestro: el molino, que nos albergaba y nos ocupaba; las aguas, que movían su árbol; los bosques, que amurallaban la llanura inmensa a la vera del Adda, y luego del Po. Todos los espacios se abrían a mis juegos, se complacían con mis aventuras.

El aroma del pan de trigo, que mi madre amasaba por la noche y cocía a primera hora en la tahona, me despertaba antes de que el alba apuntara y los gallos de Cròta saludaran con pereza a la aurora. Ese aroma se filtraba entre las rendijas de las tablas de álamo de nuestro cuarto e impregnaba el heno de nuestro lecho. Evoco el tacto tibio y liso de los peldaños centenarios de la escalera que bajaba hasta el hogar, que pulían mis pies descalzos, ya fuera invierno o verano. Apenas me veía, mi madre cortaba una buena rebanada de pan. La miga humeaba y derretía la manteca de cerdo endurecida en la fresquera. Aquel bocado divino se

acompañaba de vino aguado, o de leche de cabra si no convenía trastesar y a mi padre le placía ordeñarlas. Nunca faltaban manzanas, nísperos o duraznos, ni castañas en invierno.

Cada estación tenía su afán. Al terminar la primavera se recolectaba la cebada y buena parte de la jornada se iba en recibir el grano, pesarlo y almacenarlo. En verano se acumulaba el trigo, en menor cantidad. Desde los siete años acompañaba a mi padre en la tarea y pronto aprendí a engrasar los cordajes de las poleas y a distinguir el grano sano del tizado. Cada agricultor marcaba sus costales y talegas, y daba en pago habitualmente un porcentaje, bien del grano, bien de la harina. El excedente se vendía en el propio molino, y los sábados mercábamos en la plaza de la iglesia entre placeros que ofrecían los géneros más variopintos. Trocábamos o vendíamos pan, harina y queso fresco de cabra. Volvíamos con aceite y viandas, sal de Salsomaggiore, clavos e hilo, cueros y alguna tela si el día había sido propicio.

Los días se alargaban y por las tardes campaba a mi antojo. Si el calor apretaba, me apostaba ante el granero. Mi padre me había fabricado una honda con los tendones de un cochino y una badana, y yo me proveía de cantos rodados, besados por las aguas del Adda durante siglos, suaves como las mejillas de mi madre. Hacía una montañita de bolaños esféricos y regulares, y me ocultaba tras el quicio de la puerta entreabierta. Si los roedores tardaban en aparecer, jugaba a la quietud. Podía pasar horas sin mover un miembro, acompasando la respiración hasta que resultaba imperceptible. El calor se hacía entonces más soportable, pero aprendí que la inmovilidad duele tanto como el extremo ejercicio, y que la esencia de nuestro ser es el movimiento constante. También, que el silencio alumbra lo más hondo de nuestro ingenio y lo más horrendo de nuestros temores.

En aquellas horas muertas bajo el calor insoportable del estío, pensaba en la muerte, en la oscura Nada. Las prédicas do-

minicales nos hablaban de un Infierno y de un Cielo. El uno y el otro se me antojaban lejanos, pero no la Nada. La conocía. Cuando el roedor aparecía con sus saltos y movimientos esquivos, blandía mi honda y acertaba, infalible, donde ponía mi voluntad. Si apuntaba a la cabeza, el animal dejaba de rosigar, su pasmo era inmediato y a lo más moría tras algún estertor. A menudo me divertía con crueldad, primero seccionándole la cola, luego partiéndole el espinazo, y observaba sus brillantes ojos negros e inexpresivos, que revelaban más asombro que temor. Y luego, la Nada, la quietud eterna. Su sangre era de un color parecido al tinte de mis venas y me preguntaba si en verdad hay un alma que no compartiéramos aquel ser repugnante y yo mismo. En el silencio y la quietud, Nonpenso meditaba sobre el alma de las ratas.

Las ratas no eran los únicos enemigos. En primavera me aventuraba en el bosque y expoliaba nidos de torcaces en las copas más altas de los pinos. No pocas veces regresé tullido por una caída o abrasado por la urticaria de las orugas de la procesionaria, que aliviaba frotando baba de caracol. Mi padre me reprendía y me prohibía volver a recolectar huevos, pero los engullía fritos o en tortilla con la misma satisfacción que todos los demás. Entonces yo le daba gusto: dejaba de trepar por unos días y deambulaba por lo llano para privar de descendencia a becasas y gallinetas. En verano cazaba tordos, que mi madre y yo desplumábamos y echábamos a la cazuela para estofarlos con alubias o garbanzos. Y al atardecer solía bajar a la orilla del río. Conocía bien cada una de sus pozas, piedras y rabiones, y entretejía yo mismo las redes de vimbres donde lampreas y anguilas se enredaban al acudir al cebo jugoso de gusanos de arena negra. Bajo las piedras, a mano, atrapaba truchas de reflejos iridiscntes, que luego ensartaba en cañaveras verdes y asábamos con paciencia al calor de brasas. Parece que puedo oler los efluvios de

la encina quemada, cuyos rescoldos se extinguían al mismo tiempo que la luz del día. El cielo raso se tornaba entonces de un añil intenso, y los primeros luceros se reflejaban en la superficie lisa y plateada del Adda. El rocío se acompasaba a las primeras penumbras y sus gotas, como si fueran lágrimas de Dafne, me traían el aroma redivivo de los laureles que mi padre había plantado en los linderos para ahuyentar los rayos.

El estío se hacía corto. Los bosques se alfombraban pronto de hojas secas y las copas de los árboles se teñían del rojo intenso de los arces y del ocre de los robles. Era época de molienda, y de recorrer los bosquecillos de castaños y avellanos para descubrir, en el suelo mullido de hojarasca, corras de *gialletti* camufladas en los colores del otoño, y recolectar *legorsele*, *carpanote* o *porcini* en el sotobosque de los pinares. Mi madre adoraba los *gialletti*. Los freía en aceite de oliva con cebolla y albahaca y estrellaba unos huevos en el refrito. Los *porcini* se enhebraban en hilos que pendían de la jácena del granero hasta que se secaban, y en invierno se hidrataban y alegraban nuestra monótona dieta.

Demasiado pronto, la escarcha acristalaba el agua de las riberas del Adda y ascendía por los ribazos, las noches se cerraban, y la lluvia y la nieve enfangaban los caminos. Comenzaba un largo letargo de tardes a la lumbre del hogar, poca faena y menos divertimentos. No eran raros los días en que la inclemente tormenta nos impedía mercar o el fango de los caminos y el cauce violento del Adda amedrentaban a quienes pretendían hacerse con unas libras de harina. Mi padre recalcaba la dureza de los inviernos de mi infancia y cómo a cada año se hacían sentir más largos e intensos. A mí todos me parecieron iguales: aburridos y monótonos. Cuando cumplí ocho años, supe también que eran terribles.

* * * * *

Una vez al mes, el padre Scriboni, al alba, se aventuraba a llevar su carro de bueyes hasta nuestro molino. Entonces mi padre lo cargaba con algunos sacos de harina y hogazas de pan duro y partía con el sacerdote hacia mercados inopinados y misiones enigmáticas en las que no me permitía participar. Acababa de cumplir ocho años, e iba a ser yo quien acompañara esa vez al padre Scriboni. No fue un premio, sino un castigo que mi padre me infligió. La víspera me había quejado de nuestra triste vida, hibernando en aquel molino inhóspito durante meses. Había visto a los Stanga cabalgar por el bosque a lomos de hermosas monturas, acompañados de una corte de caballeros que se divertían cazando venados y jabalíes, y recliné a mi padre por que no tuviéramos una montura o no pudiéramos alumbrarnos con velas de cera blanca, sino con sebo apestoso y candiles de aceite rancio. Le reproché que hubiéramos de deslomarnos nosotros, como si fuéramos bestias, con el solo fin de trocar el fruto de nuestros esfuerzos por algo que llevarnos a la boca o por hilos y cueros que sirvieran para remendar ropas ajadas y botas desbaratadas... Mi padre se limitó a contemplarme, sin contestar a mis quejas, y luego me ordenó que madrugara al día siguiente para acompañar al padre Scriboni. Me figuré, ingenuo de mí, que atendía a mis súplicas y me brindaba alguna aventura que me despertaría de mi desesperado sopor. La realidad era bien distinta.

Girolamo Scriboni frunció el ceño cuando supo que yo sería su acompañante, e interrogó a mi padre con la mirada. «Le vendrá bien», se limitó a decir mi padre. El cura asintió con un gesto cómplice y me ordenó subir al pescante. Mi padre me echó su gabán sobre los hombros y partimos.

El carro traqueteaba y avanzaba penosamente por el sendero embarrado. El chirrido de las ruedas se acompasaba con el que producía el yugo al vaivén rítmico del cabeceo de aquellos bueyes inmensos que me entretenía en observar.

—¿Sabes dónde vamos, Nonpenso? —me preguntó Scriboni.

—Lo ignoro, padre —contesté.

—En ese caso quiero que te limites a mirar y a no hacer preguntas. Haz lo que yo te diga y no abras la boca.

Hubieron de transcurrir más de dos horas tediosas, con mi boca bien cerrada, antes de que el carro de bueyes del hombre de Dios tomara un sendero pedregoso y afluyera a una cabaña ruinoso. Un labrador con aspecto de salteador de caminos salió a recibir al cura. Su rostro cetrino y demacrado no me impresionó tanto como la falta de luz de su mirada, la opacidad de sus pupilas clavadas en mí. El cura le dio los buenos días y el labrador asintió con un gesto. Scriboni echó a un fardel una libra de harina y un par de hogazas de pan. El labrador se acercó con la intención inequívoca de tomar la carga, pero el cura lo detuvo con un gesto.

—No. Deja que el muchacho lo lleve —le dijo—. ¡Llévalo dentro, Nonpenso! —me ordenó.

Salté del carromato, tomé el morral que abultaba casi tanto como yo, y fui a dejarlo en la cabaña, mientras el cura y el labrador hablaban en voz baja. Nada más entrar en la oscura choza, un vagido me sobresaltó. Sobre el suelo de tierra, a la lumbre de un hogar mortecino, una mujer de pelo blanco y tez cerúlea amamantaba a una criatura esquelética. El niño, o la niña, succionaba en vano un seno flácido y extinto, y el inútil esfuerzo apenas le arrancaba una queja lánguida. Su madre me miró sin mover la cabeza y su expresión indiferente no me sorprendió tanto como la frialdad de su mirada, idéntica a la del hombre que se apostaba a la entrada. Dejé el fardel sobre una mesa de madera sin desbastar que había en medio de la sala, y entonces reparé en que había dos criaturas más en un rincón, dos niños poco menores que yo. La misma mirada ausente, idéntica quie-

tud sobrecogedora, me obligaron a tragar saliva y a salir en silencio.

Pasé entre el cura y el labrador con la liviandad de un fuego fatuo y me subí al carro sin decir palabra. El cura me miró de reojo, pronunció unas palabras de despedida, tomó el cayado, hizo que los bueyes dieran la vuelta y nos fuimos por donde habíamos venido. Recorrimos así varias granjas bien lejanas y aisladas, antes de regresar a los arrabales de Cròta. También en algunas casuchas de las afueras hicimos entrega de provisiones, hasta que el carro se quedó vacío. En todos los lugares la escena era similar y el propósito, idéntico. Y siempre la mirada opaca en los ojos hundidos...

Tomamos el camino de regreso hacia el molino. Scriboni me miraba de reojo de cuando en cuando. Al cabo se decidió a dirigirme la palabra. Lo hizo serenamente, sin interrupción, con dulzura:

—Hoy has visto el mundo, Nonpenso. Un mundo que no conocías... Nada tiene que ver con el bullicio del mercado, la paz del molino o el recogimiento de la misa dominical. No es el mundo de los Stanga ni de los Ancelli, ni del padre Scriboni... Hace años que sufrimos inviernos crudos que nunca habíamos conocido. Las cosechas se arruinan, los animales perecen, y los aparceros apenas pueden sobrevivir hasta la próxima primavera. Muy pocos lo harían sin la ayuda de tu padre y la caridad de algunos feligreses. Los Stanga demoran el cobro del arriendo y la Iglesia renuncia a sus diezmos, o más bien algunos de sus recaudadores... Debes dar gracias a Dios por tu fortuna.

Me alegraba que el chirrido de los ejes y el crujido del yugo me impidieran oír el silencio después de sus palabras. Mis ojos se anegaban en lágrimas de vergüenza y los imaginaba brillantes, y callé más por no saber qué decir que por obedecer su admonición vespertina. Scriboni me dio unas palmadas en el

hombro que buscaban reconfortarme y que me dijeron más que cualquier discurso. Llegamos al molino. Mi padre esperaba a la puerta, como aquel primer labrador, pero sus ojos brillaban como siempre. Y los míos. Lo miré antes de entrar y él me sonrió. Comprendía. Yo, también.

Anocheía. Me senté cerca del hogar. Mi madre tejía y mis hermanos jugueteaban a su alrededor. Mi padre despidió a Scriboni, entró y se sentó a mi lado. Puso su mano sobre la mía y la apretó. No nos miramos. Ambos observábamos los caprichos del fuego y sabíamos que las llamas debían de brillar en nuestros ojos. Yo hacía esfuerzos para que de los míos no se desprendiera una lágrima. Había aprendido a desear que los inviernos fueran monótonos y aburridos, pues podían ser crueles. Había descubierto la mirada opaca del hambre, la quietud de la resignación, el silencio en que te deja el olvido. Y había hallado en la rudeza de mi padre una sabiduría arcana e imprevista. Aquel hombre sereno que infundía respeto a los comerciantes y a los propios Stanga, que trabajaba de sol a sol sin una queja, que jamás elevaba la voz y ahorra las palabras, era mi padre. Un hombre bueno, que apenas podía escribir su nombre, pero provisto de una sabiduría que yo nunca hube de alcanzar con todos mis estudios. Una sapiencia forjada a fuerza de trabajo, silencio y reflexión. Un alma noble, que recuerdo con tristeza y añoranza. Porque la lección estaba incompleta, y aún había de aprender que la desgracia no se alimenta de una sola estación ni elige a los hombres por su nacimiento, condición o fortuna.

II

LARGO

(Sonata n.º 1 en fa mayor para cello y bajo continuo,
de Benedetto Marcello)

HE ENCENDIDO LA LÁMPARA DE ACEITE EN EL INTERIOR de la caja de mi Campani. De noche, la nube que vela mis ojos apenas me deja ver las manecillas y cuento las horas con el resplandor que se filtra por sus aberturas con aburrida precisión. Su manivela silenciosa me ahorra el incómodo tictac —ese sí se deja oír—, que de día se detiene de manera inopinada y descortés, como burlándose del compás irregular de mi corazón, y me recuerda que a no tardar su latido ha de pararse de forma tan caprichosa. Pero mi Campani probablemente no tiene alma e ignora que el compás del corazón, y el de la vida, no es regular e infalible como su tictac artificial, ni siquiera como su resplandor acompasado...

En el molino a orillas del Adda, los años de mi vida parecían sucederse bajo el mismo compás regular *alla breve* con que late mi Campani... hasta que estuve a punto de cumplir diez años. Eso sería al final del año de Nuestro Señor de 1694. Aquel año infausto se inició con la primera gran helada que habían visto mis ojos. El agua dejó de fluir por la superficie del Adda y se petrificó en gruesas capas que permitían a hombres y bestias

atravesarlo sin cuidado. El hielo amenazaba con reventar las ruedas del rodezno si el agua no se aliviaba, a menos que se mantuviera en constante movimiento. Pero entonces las compuertas abiertas se atrampaban y había que liberarlas fatigosamente a golpe de cincel. Como ni el fuego ni las brasas podían calentar el aire en el molino sin riesgo de que el polvo del grano se inflamase, mi padre prefirió cerrar las compuertas, aliviar toda el agua y preservar los mecanismos del viejo molino hasta que las condiciones fueran más benignas. El molino quedaba, pues, seco, quieto e improductivo. Y así se mantuvo durante una semana, hasta que el aire se templó y el hielo se deshizo en témpanos que poco a poco se disolvían ante el empuje de las aguas e iban a dar al Po surcando el río en caprichosas travesías.

Siguió nevando y helando todo el invierno. Un manto blanco cubrió, hasta bien entrada la primavera, las anchas llanuras y las copas de los pinares. Los campos yermos alumbraron la cebada a destiempo y el pedrisco, grueso como huevos de paloma, acabó por arruinar la cosecha. Malavez llegaban al molino algunos quintales de grano, y buena parte de era ruin y tizado. Si se molía el grano enfermo, toda la harina se corrompía y se infestaba de gorgojos. La cosecha de trigo fue tan exigua como la de cebada, y una vez molida su harina apenas bastaba para cubrir las necesidades de los señoríos. Su precio alcanzó cotas desconocidas y mi padre pudo vender con provecho las modestas reservas de nuestro granero durante el verano más templado que me cabe recordar. Hasta que se agotó.

La hambruna se había extendido por la región mucho antes de que mi padre le entregara al padre Scriboni la última libra de harina y el último mendrugo para su obra de beneficencia, excusándose con sonrojo por verse obligado a reservar provisiones suficientes para alimentar a su familia durante el invierno que se avecinaba. Girolamo Scriboni lo bendijo igualmente, lo

abrazó con camaradería y le deseó suerte. No volvimos a oír en las semanas siguientes el chirrido portentoso de su viejo carromato. Cada domingo, en cambio, escuchábamos sus angustiadas prédicas en los oficios y sus llamadas encendidas a la caridad cristiana. Pero eran tiempos difíciles para pensar en otro mundo, y cada cual agotaba su poca energía en procurar mantenerse en este valle de lágrimas, a ser posible a su propia costa.

Manteníamos los trueques de cada sábado y todos los habitantes de la región se convirtieron en placeros. Permutaban viejas joyas de familia, arreos y herramientas por un puñado de alubias, media docena de huevos y alguna pieza de caza menor. Y así sobrevivíamos, a pesar de todos los males, sin gran detrimento de nuestra comunidad, con mayor paz que en Cremona, al parecer, pues en la ciudad mendigos y buscavidas se apiñaban en los arrabales, según se decía, y la vida empezaba a depreciarse con la misma rapidez con que aumentaba el precio del pan.

No faltaba, vive Dios, quien ganara a río revuelto con la especulación, y aprovechara el cambio del viento para atesorar metales preciosos que resultan inútiles e indigestos cuando aprieta el hambre y cada cosa vuelve a tener el verdadero valor que Dios debió de darle en el Edén. No solo de pan vive el hombre, mas es seguro que no se vive sin pan, y si el mismo hijo de Dios lo multiplicó, debió de ser por sus bondades. Cuando la aritmética de Dios te lleva a la sustracción o a la división, más que a la adición o a la multiplicación, entonces cada cual sabe que el pan vale tanto como la vida, y el oro solo tiene el valor de procurar que llegue a tu boca. Bien lo saben quienes codician el oro y atesoran el pan hasta que Dios o ellos mismos nos traen el hambre. Entonces se hacen con el poco oro que podamos tener, y con él adquieren las tierras y las aguas que dan de comer y de beber a nuestros hijos, para luego vendernos sus productos más inmundos a cambio de más oro con que volver a

expoliarnos. Y cuando ya no nos queda una pepita del preciado metal nos compran el cuerpo y, al final, el alma, a cambio de un mendrugo; así que llegaremos al Juicio Final sin ella, justamente cuando más la necesitamos, y a aquellos deberían pedir-seles cuentas por sus crímenes...

Poco sabía yo acerca de las vicisitudes de la codicia humana, y menos aún pensaba en ello, cuando aun ante los peores castigos de Dios, la tahona de mi hogar humeaba y me desayunaba con huevos frescos, manteca de cerdo y el pan a que mi familia tenía derecho por el oficio de mi padre. Pero no solo de pan vive el hombre, y no solo por su falta muere. El verano había agostado los campos y quebrado la tierra, y solo a principios de octubre volvió la lluvia. Un viento cálido de Levante desató una tormenta seca. Se oscureció el cielo, los relámpagos rasgaron el aire y un rayo calcinó uno de los laureles más altos del lindero. Sin duda fue un mal presagio. Los cielos se abrieron poco después y el agua cayó durante horas como jamás habíamos visto. Pronto el Adda se tiñó de un color marrón oscuro y empezó a ascender por los ribazos y a desbordarlos. El agua enfangada rebosaba las compuertas y descendía como una catarata saturando el saetín y haciendo girar el rodezno con tal violencia que mi padre temía que la volandera se venciera. Tratar de mover la llave del saetín era una vana tarea, pero el fango se fue precipitando en el puente y entre las aspas del rodete y acabó por detener el vertiginoso giro del árbol. Cuando mi padre vio que no había nada que pudiéramos hacer para evitar la inundación, decidió salvar el poco grano que conservábamos alrededor de la tolva. Lo pusimos a buen recaudo en nuestra pequeña morada, junto con lo poco que aún quedaba en el granero. Nuestra humilde vivienda de piedra estaba a pocos metros de las muelas, pero en una pequeña elevación que nos ponía a salvo de las crecidas. El agua no perdonó, en cambio, el granero. Nunca se ha-

bía acercado a semejante nivel, pero lo desbordó enseguida, y a primeras horas de la madrugada el agua y el lodo se elevaban más de dos brazas y rebosaban el granero por todos sus vanos. Por fortuna, su empuje se detuvo a pocos pasos del umbral de la casa.

La lluvia cesó poco antes del amanecer. El Adda había perdido la placidez de sus aguas limpias. Su turbia faz cubría ahora, como un gran lago opaco, una franja de tierra de mayor anchura que la del cauce del Po. Muchos árboles de las riberas habían desaparecido, tronchados por las piedras arrastradas por la fuerza del caudal. Cadáveres de cerdos y ovejas flotaban corriente abajo entre un mar de cañaveras, leños e inmundicia. Las reses que habían sobrevivido se entorcaban en los lodazales, pugnanaban por liberarse y se consumían en el esfuerzo. El brocal de nuestro pozo vomitaba fango. Aún creció el nivel del agua un par de palmos antes del mediodía. Luego se serenó y mi padre salió, camino del pueblo. Algunas casas de Cròta habían corrido peor suerte que nuestro molino y el río las había derribado, pero no se echaba en falta a ningún vecino, de forma que en la desventura cabía dar gracias a Dios.

Lo hicimos en comunidad, al domingo siguiente, cuando las aguas ya encauzadas del Adda, aunque todavía vigorosas, se reconocían por su brillo argentino y habían recobrado su transparencia. Limpiamos el fango del saetín, del canal de alivio y del rodezno, que empezó a girar de nuevo mecido por aguas cristalinas, al compás de nuestro deseo.

* * * * *

Dos semanas más tarde, Francesco amaneció febril y dolorido. Se estremecía; le dolían los ojos y los miembros. Unas manchitas rosáceas empezaron a brotar en su cuerpo y lo cubrieron por

completo, salvo pies y manos. Desaparecían si las acariciabas, pero luego volvían a brotar, embermejadas, y parecían sangrar bajo la piel. Mi madre lo cubrió de cataplasmas y le dio a beber infusión de laurel y saúco, pero la fiebre no bajaba. Tosía como si tuviera el mal del heno, apenas abría los ojos y hablaba en sueños con la respiración entrecortada. Al tercer día, mi padre fue en busca del barbero. Cuando regresó con él, a Giovanni Battista ya le aquejaba el mismo mal. Apenas vio las erupciones en el rostro de las dos criaturas, el barbero se apartó y ocultó el suyo en un pañuelo para evitar los efluvios de la enfermedad. Mi padre conocía las señas con que la peste se presenta: no había rastro de bubas en los cuerpos ni nada que indicara la presencia del temido mal. Ya habían pasado más de sesenta años desde la gran plaga que había diezmando la población de Lombardía, pero los recuerdos y las leyendas estaban aún demasiado vivos, sobre todo para quienes ignoraban los rudimentos de la ciencia hipocrática. El barbero indicó una sangría, y desaconsejó a mi padre que tratara de transportarlos al hospital de santa Maria della pietà. El trayecto hasta Cremona consumiría sus pocas fuerzas, y ningún médico acreditado podría hacer otra cosa que sangrarlos. Él no se atrevió a hacerlo.

El barbero abandonó el molino y se apresuró a propalar por las calles de Cròta que los Ancelli eran víctimas de la infección. No tardó el síndico del Oficio de Salud en poner en cuarentena el molino bajo severas amenazas, apostar vigilancia en los accesos y procurarnos como todo auxilio rogativas y admoniciones a los santos más propicios.

Quedamos, pues, en las manos de Dios. Mi padre sangró a sus hijos, que no hicieron más que empeorar, mientras mi madre les procuraba la única cura de que era capaz, a través de las caricias y palabras más dulces. Las sangrías terminaron pronto, pues poca era la fe en el remedio que tenía mi padre. Las caricias

y las amorosas palabras de mi madre aún se prodigaron dos semanas más, incluso horas después de que Francesco entregara su alma inocente al Señor, que seguramente había de ocuparse en otros menesteres y atender a otras plegarias más fundadas que las de aquella buena cristiana. Mi madre deliraba sobre el cuerpo frío de su hijo. Yo trataba de consolarla y le tomaba la mano, sin poder desprenderme del estupor de ver derrumbada a aquella mujer dulce y serena, ahora ahogada por el llanto. Miré su mano que tenía entre las mías y en su brazo hallé los mismos botones rosas que habían aflorado en el pecho de mi hermano. Levanté la mirada hacia los ojos vidriosos de mi padre, que me observaba. Y supe que él también lo sabía.

Entre ambos acostamos a mi madre en el lecho. Mi padre le procuró una infusión de belladona y valeriana, que alivió sus espasmos y la sumió en un sueño profundo. Enterró a Francesco cerca de la casa. No quiso hacerlo en las tierras bajas del granero y del molino. El lodo dibujaba aún los contornos de la tierra que el Adda había reclamado para sí, y mi padre de seguro creyó que podría volver a hacerlo, y no quiso que fuera sobre el cuerpo de su hijo, confundido con los restos impuros de ganado y alimañas. Puso una cruz sobre la tumba y volvimos a velar al pequeño Giovanni Battista y a mi madre.

Me quedé dormido al lado del lecho de mi hermano. Un gemido me despertó. No provenía de su tierno pecho. Dormía. El lamento venía de la habitación en que mi padre velaba a su mujer. Me acerqué con sigilo y lo observé llorar. Apretaba la mano de mi madre y murmuraba palabras cuyo significado no podía discernir. Sonaba como un canto, que un día creería reconocer sobre el papel pautado, en la partitura de un lánguido *largo* de Benedetto Marcello. Sonaba, sí, con la desesperación contenida y lejana de un *cello*. Era un llanto melodioso, sin síncopas, y aunque no acertaba a desentrañar su letra, se me figuró una

acción de gracias y una despedida, que mi padre procuraba hacer tierna y llevadera. Acariciaba su mano y sus armónicos gemidos acompañaban el sopor menos agitado de mi madre. Las lágrimas surcaban las mejillas de mi padre, por primera vez, que yo supiera. Y no eran para ella. Eran solo para él y no alteraban las notas limpias de su llanto *cantabile*.

Así lo recuerdo ahora, o por mejor decir, lo interpreto, evocando las mismas sensaciones que me invadieron, oculto, en las penumbras del único hogar que puedo llamar como tal. Entonces la música no era el camino por el que transitaba hacia mí mismo, pues ese tránsito empezó aquel día. Yo mismo no era, hasta entonces, más que un engranaje insensible de la hermosa obra de Dios, como los cantos rodados del Adda o el viento en las copas de los arces. Pero mi madre murió a los pocos días, y mi padre, ya enfermo, la enterró junto a Francesco, ante la vigilancia lejana de los guardianes del camino. Su mirada tenía entonces la opaca apariencia de los ojos de la hambruna en los beneficiarios del padre Scriboni. Luego me miraba y se humedecían. Levantaba mis brazos y descubría mi pecho, y los ojos volvían a brillar, porque comprendía que el mal ya no me aquejaría. Me abrazaba y me obligaba a ingerir lo poco que ya teníamos para comer y a beber vino aguado en abundancia. Yo dormía profundamente, embriagado por los remedios de Baco, y al despertar acudía a la vera de mi padre, que un buen día ya no pudo levantarse. Pasé tres jornadas aliviando su dolor y alimentando con infusiones y migas de pan al pequeño Giovanni Baptista, que a pesar de su fragilidad demostraba más vigor que todos ellos. El hambre me debilitaba y las horas transcurrían en duermevela. En la madrugada del tercer día mi padre y mi hermano expiraron, tal vez al mismo tiempo. Lo ignoro. Desperté a los pies del lecho que les hice compartir para poder socorrerlos mejor, y ya estaban yertos. Cerré sus ojos.

Deambulaba por las habitaciones de la casa y de cuando en cuando me sentaba al lado de la tumba de mi madre. Bajé al molino y abrí las compuertas hasta la última tranquila, y dejé que el agua fluyera por el saetín e hiciera girar el rodezno. Las muelas chocaban sin tener nada que moler y su sonido llenaba el silencio, día y noche, y acompañaba mi soledad, tan inútil como un molino que muele el aire. Me alimenté de los huevos ruines de nuestras dos últimas gallinas, que picoteaban gusanos y la cal de las paredes del granero, y me aletargaba trasegando vino ya sin aguar, mientras bailaba al son de la volandera. Dos o tres días después de haber cerrado los ojos de mi padre, me desvanecí al pie de la tolva.

Desperté a media mañana y entré en casa. Los cuerpos rígidos, pálidos como el mármol, adquirían ahora tonalidades cárdenas y comenzaban a heder. Tomé la fesoría, que aún yacía al lado de la sepultura de mi madre, y cavé a su lado dos tumbas. A mi hermano pude enterrarlo sin gran esfuerzo. Envolví su cuerpo en un lienzo fétido y coloqué un poco de heno en el fondo. Lo deposité boca arriba y le tapé el rostro. No quería que despertase del sueño de los justos con los ojos y la boca llenos de la tierra ingrata de Cròta. Lo cubrí y puse una cruz en la cabecera. Lo enterré al lado de Francesco. Luego cavé una buena fosa para que mi padre estuviera junto a mi madre y ella pudiera escuchar, al despertar, quién sabe, el canto balsámico de Tomasso Ancelli. Sepultarlo no iba a ser tan sencillo. Yo tenía diez años y mi padre era un hombre corpulento, a lo que se unía la gravidez de la muerte. Transportarlo fuera de la casa resultó penoso. Lo arrastraba por los pies, a tirones, y conseguía desplazarlo vendiendo mi propio cuerpo, y haciéndome caer. Su cabeza golpeaba los peldaños de la escalera, y sus manos repicaban en cada escalón. Veía su rostro, pero no quise voltearlo y así magullarlo. Si las carnes resucitan con nuestra alma, hubiera querido que

besara a mi madre tras el Juicio Final. Estaba a punto de franquear el umbral de la puerta y salir al aire libre, cuando una mano se posó en mi hombro, a mis espaldas. Me volví. Era Girolamo Scriboni. Tras él, un hombre enjuto, de mirada opaca, a quien conocí en mi primer viaje junto al sacerdote, me observaba. La mirada del hombre era tan inexpresiva como entonces. La del padre Scriboni denotaba compasión, acaso remordimiento.

III

UT QUEANT LAXIS...

LA MÚSICA ES LA VOZ POR LA QUE HABLAN LOS MUERTOS y los que no han nacido. No fue el maestro Stradivari quien me brindó esta lección. Alguien, alguna vez, hubo de escribirla, y yo de leerla mucho después de haberla sabido. Ya no recuerdo quién. Si mis muertos vivieron en mí, sin duda hablaron cuando el arco de mi violín rasgaba las cuerdas y mis dedos las oprimían para que los duendes del sonido jugaran entre las vetas de arce y, como el alma, se elevaran al cielo a través de las enigmáticas efes de la tapa de abeto, y así todos comprendieran lo que las palabras no pueden dar a entender: el vacío infinito, la soledad inmensa, la añoranza sin consuelo que solo cura la muerte. Ahora que olvido tantas cosas cercanas, rememoro vivencias antiguas con la misma frescura con que puedo recordar las notas que mi padre debió de revelar a Benedetto Marcello y entonaban los sollozos con que se despidió de mi madre poco antes de despedirse él mismo de la vida y empezar a hablar con la voz con que hablan los muertos.

Lo enterramos en el agujero que yo mismo había cavado. Más bien lo enterró aquel labrador de mirada deslucida, mien-

tras el padre Scriboni santificaba las tumbas esparciendo con un hisopo el agua que acababa de bendecir, obtenida con el mismo pozal en que tal vez viajó la Parca. Al cabo, todo lo que santifica mata con la misma mano firme e idéntico misterio. Oraron ellos, mientras yo fingía orar. Luego Girolamo Scriboni despidió al labrador, me aupó a su mula y tomamos la senda hacia Cròta.

Scriboni franqueó la escueta vigilancia con un tajante y lacónico aserto: «el muchacho no está enfermo», y enfilamos pronto las callejas de Cròta hasta llegar a la iglesia. En sus alledaños, el cura me hizo entrar en su morada y ordenó a su ama que me quitara la ropa, hiciera que me lavara y me diera algo con que vestirme. La vieja señora, desdentada, refunfuñaba en un dialecto incomprensible. Mi ropa apestaba más que yo mismo. Se deshizo de ella y me sumergió en un barreño que al instante quedo teñido por la mugre. Frotó con esparto mi piel hasta dejarme liso como los cantos rodados con que yo solía liberar el alma de las ratas. No experimentaba placer ni dolor. Asistía a mi aseo con desinterés y en silencio. Hasta ese momento ni una palabra había salido de mis labios, pero no recuerdo más sensación que el vacío. No sentía temor, alivio, pena ni alegría. Solo un cansancio infinito, una nada insondable como la opaca mirada de los hombres hambrientos y las ratas muertas.

Al día siguiente, Girolamo Scriboni me llevó por las callejas de Cròta hasta el palacio de verano de los Stanga. La crecida del Adda había arruinado sus jardines y las caballerizas, y sus aguas se habían remansado al pie de las escalinatas. Un ejército de sirvientes se afanaba aún en recomponer los alledaños de la vieja casa solariega. Don Camillo supervisaba las tareas, y su presencia, inusual en una época del año en que solía residir en su palacio cremonés, fue aprovechada por Girolamo Scriboni para recabar una audiencia cuyo objeto era mi destino, aunque yo lo ignoraba. Un sirviente nos hizo atravesar un amplio vestí-

bulo y nos acompañó a una salita donde esperamos al señor Stanga. Me entretuve en admirar un mobiliario cuyo esplendor no tenía paragón con nada que yo hubiese visto antes. Del techo pendía una lámpara con forma de araña y sobre mesas de mármol rojo de Verona reposaban varios candelabros coronados por velas de cera blanca. Acostumbrado a la luz mortecina de los candiles de aceite rancio, me hubiera gustado contemplar la deslumbrante luz de tantas velas en un espacio tan reducido y su reflejo en los espejos que adornaban las paredes junto a cuadros con imágenes cortesanas.

Cuando don Camillo hizo acto de presencia, Scriboni se levantó con reverencia y yo lo imité. Don Camillo nos invitó a sentarnos con un gesto e hizo lo propio. Era un hombre ya maduro, de facciones suaves y profundos ojos azules. Me miraba con curiosidad, mientras sopesaba una bolsita de cuero entre sus manos.

—¿Este es el hijo del molinero? —preguntó a Scriboni, sin apartar la mirada de mí.

—Así es, excelencia —contestó Scriboni—. Este muchacho es Lorenzo Ancelli.

Por un momento creí que hablaban de otra persona. Hacía años que nadie se refería a mí por mi verdadero nombre, que Girolamo Scriboni parecía no haber olvidado. Al oírlo, supe que mi infancia había terminado, y también la vida desenfadada y feliz que me había proporcionado un apodo afortunado que nunca más habría de escuchar de los labios de mis padres, de mis hermanos... Y fue entonces, justo ante la mirada penetrante de Camillo Stanga, cuando cobré conciencia de mi orfandad y hube de reprimir unas lágrimas que afloraron a mis ojos de manera inoportuna. Nonpenso había muerto con la infección y Lorenzo, renacido para vivir una vida incierta.

—Lamento tu infortunio, hijo... —apostilló don Camillo, acaso percibiendo mi aflicción.

—Tomasso Ancelli tenía en arriendo vuestro molino, como sabéis —intervino Girolamo—. Fue un hombre recto y buen pagador, y os había anticipado el cánon del año, como sabéis bien...

—Lo sé, padre Scriboni —lo interrumpió don Camillo—. Pero vos sabéis también que su muerte resuelve el contrato y el muchacho no tiene derecho a subrogarse en el arriendo. No me interpretéis mal. Este chico poco podría hacer para vivir de un oficio tan duro. Pero Dios proveerá. —Con un gesto ágil Stanga entregó a Scriboni la bolsita con que jugueteaba—. Administrad vos mismo lo que os entrego para que el muchacho tenga una educación y aprenda un oficio. Es lo mejor que podemos hacer por él.

Don Camillo Stanga se levantó y se despidió del padre Scriboni sin muchas ceremonias. Su señoría no podía imaginar cuán módica cantidad había pagado a cambio del daño infligido a futuros enemigos, que no le cabría saborear en vida, aunque quién sabe si en el más allá.

Regresé con mi protector junto al ama desdentada, y en el hogar del padre Scriboni me demoraba, ganándome el sustento a cambio de ejercer el oficio de acólito y escudero circunstancial de un guerrero de Dios, cuyas batallas perdidas yo ya conocía. Ayudaba, además, a nuestra ama en sus quehaceres domésticos, y retomé mis excursiones para proveerla de los últimos hongos del otoño, avecillas y truchas, sin aventurarme a pasar cerca del molino. Stanga lo arrendó pronto, y el padre Scriboni volvió a ejercer el corretaje, acordando con el nuevo arrendatario que respetara la tumba de mi familia hasta que llegado el verano se exhumasen los cuerpos y pudieran ser trasladados los huesos al camposanto.

Me acomodé, pues, a mi nueva vida, y comencé a entender el abstruso dialecto emiliano de la buena ama, más perjudi-

cado por sus encías mondas que por la singularidad de sus expresiones. Nos hicimos buenos amigos. Yo alegraba la casa, pues Scriboni casi siempre estaba ausente. El ama se complacía con mis sabrosas capturas, y como albricia besaba mi frente y aderezaba y cocinaba a toda prisa la recolecta del día, antes de que Scriboni la destinara a algún oficio caritativo. Scriboni comía poco y hablaba lo justo. Había sido un clérigo de postín y bien conocido en Cremona, al parecer, pero algún oscuro asunto con la jerarquía lo había relegado a aquella pequeña parroquia, donde parecía disfrutar con la penitencia, a juzgar por su atareada vida. Entre oficios, intermediaciones, corretajes y obras caritativas, Girolamo Scriboni ocupaba sus días sin tiempo para el tedio. Con todo, las misas y celebraciones eucarísticas parecían aburrirle tanto como a los feligreses, que con dificultad conocíamos el significado de los latines de los oficios. Desde que ejercía como acólito, yo empezaba a disfrutar más de la liturgia. Me agradaba preparar con cuidado amito, alba y casulla, y escuchar las oraciones con que Scriboni acompañaba el gesto de ponerse cada prenda con mi asistencia. Apenas acertaba a descifrar el significado de aquellos latines, pero me agradaba su sonido: «Impone, Domine, capiti meo galeam salutis, ad expugnandos diabolicos incursus...». Me ocupaba del acetre y la naveta, del incensario, del cáliz y las vinajeras, que siempre debían estar ordenados; de palias y velos que Scriboni gustaba de ver siempre impolutos y bien planchados. La liturgia era una ceremonia estricta y previsible, donde cada palabra y cada oración ocupaban su lugar, una armonía medida en que el azar no intervenía y el misterio parecía responder a la irremediable e infalible consecución de gestos rituales. Me proporcionaba, sin yo saberlo, un escenario seguro donde los ríos no se desbordan y el agua no se vuelve putrefacta, y Dios está presente *ad expugnandos diabolicos incursus*. Era un consuelo leve, pasajero y efi-

mero, pero regresaba cumpliendo ciclos regulares e inveterados, y se repetía con más precisión que el tictac de mi Campani, apenas alterado por los sermones breves del padre Scriboni, casi siempre tan reiterativos como la propia liturgia. Él se aburría, pero yo quería aburrirme, recordar aquel tiempo en que era Nonpenso y los inviernos, como la liturgia, alumbraban la monotonía con la tenue luz de velas de sebo fétido, y nada acontecía, salvo la reiteración de noches largas y frías a la lumbre de un leño de encina. Ahora comprendo el alivio que me proporcionó el ejercicio de acólito y el consuelo de la liturgia, devolviendo a mi espíritu la certidumbre que solo proporciona la rutina. Fue la forma, y no la esencia, la que apaciguó mi alma, me permitió reconocer la verdad y me rescató del ensimismamiento. Fue la regularidad del compás de los latines un puerto seguro donde abrigar y anclar mis temores.

Tras la cena, Scriboni leía. No le complacían las lecturas religiosas, ni se entretenía con vidas de santos ni repasaba las lecturas sagradas. Gustaba de adentrarse en obras mundanas que apuraba y reiteraba con aire clandestino, cuando el ama y yo nos retirábamos; pero luego olvidaba sus libros sobre la mesa, a la vista de cualquiera. El ama y yo no éramos dignos de cuidado, pues ella era analfabeta y yo apenas sabía las letras más elementales, así que no acertaba a comprender el significado de aquellos títulos escritos en dialecto toscano, aunque memorizaba con facilidad los signos. Luego hube de reparar en que el cura no solo leía a Dante y a Petrarca, sino también al propio Boccaccio.

Me inquietaban los enigmas de aquellos signos, que tanto atraían la atención de mi mentor, así que un día me sorprendió hojeándolos mientras trataba de descifrar su mensaje.

—Lorenzo, ¿tú sabes leer? —me preguntó.

—Apenas, padre —confesé—. Mi padre me enseñó números, y a calcular, para determinar el peso y el precio del grano y

hallar las proporciones y los porcentajes. Mi madre me enseñó algunas letras y aprendí a escribirlas, pero luego las olvidé.

—¿Te gustaría saber leer?

—No lo sé... Puede que sí, pero ignoro qué cosas cuentan las letras y los libros.

—Todas las cosas, Lorenzo —me respondió Scriboni—. Todas las cosas están en los libros. La palabra de Dios, desde luego, recogida por las letras de los hombres, y la vida de Jesucristo. Esos son los menos. Los más nos cuentan la palabra de los hombres. De lo que vivieron o vieron, de lo que aprendieron y observaron, y, sobre todo, de aquello que imaginaron y que nadie vio ni verá jamás.

—Leer un libro es, entonces, como oír la voz de los muertos.

—De los muertos, y de los vivos también. —Y el padre me miró de hito en hito con curiosidad—. Aunque al final, tienes razón, cualquier libro, con el paso del tiempo, no es más que la palabra legada de un muerto.

—Sería bueno poder escuchar la voz de los muertos —re-puse.

No tardé en hacerlo. Scriboni iba a regalarme el alfabeto. Los números ya los conocía. Para completar los cimientos de la santa Trinidad solo iban a faltarme siete sonidos. Poca cosa, al fin y al cabo. Para que los siervos de Dios puedan exaltar a pleno pulmón sus maravillas no bastan semejantes rudimentos. Conocer los ingredientes del guiso no alcanza la pericia del cocinero que deslumbra nuestro paladar. Reconocer las palabras no me iba brindar la magia del mensaje ni tampoco abriría mi mente a la ciencia. Menos aún el cálculo iba a ayudarme a desvelar los misterios encriptados en los números. Ni las notas se prestarían después a hacerme depositario de su naturaleza híbrida entre las unas y los otros. Quedaba todavía un largo aprendizaje,

pero, con todo, nunca hube de gozar más que con aquellos balbuceos iniciáticos de la mano de mi primer mentor.

Tras la cena, Scriboni me mostraba la grafía y la fonética del alfabeto toscano y me hacía copiar letras y palabras aplicando un clarión sobre una piedra pulida de Lavagna. Cuando las letras y sus combinaciones me resultaron familiares y pude acompañar los signos escritos a su sonido aparente, Scriboni debió de pensar que el tránsito al significado era ya obligado. Fue una pedagogía más severa que las caídas desde las copas de los pinares donde anidan las torcaces o los resbalones entre las piedras y rabiones del Adda. Los libros eran un preciado tesoro, y el buen cura no tenía a mano mucho donde elegir, así que me adentré en el Infierno de Alighieri para hallar mi propio infierno.

Al comienzo de mi nueva vida, yo sí me encontraba en una selva oscura. Durante semanas no conseguía apurar más que un puñado de tercetos. A cada palabra ignota había de detenerme para que Scriboni me ilustrara su significado con sinónimos y metáforas que a duras penas aclaraban su sentido. Luego yo debía confirmar mi aprendizaje recreando la inmensidad del «piélagos» que cubre las riberas como el Adda desbordado, que muestra el rostro «soturno» de la Parca. Discurrir nuevas imágenes con las palabras prestadas era manera de no olvidarlas. Y así, sin darme cuenta, de la mano de Virgilio, el Infierno fue tomando sentido, y al cabo de cada noche agotaba un nuevo canto. Luego aderezaba mi conversación para evitar que los descubrimientos se evaporaran, y de esta forma me dirigía al ama, que nada entendía de mi nueva jerga y de seguro comenzaba a sospecharme poseído.

Cuando llegué al Purgatorio era ya capaz de discurrir por un canto entero sin más de dos o tres postas. Fue entonces, mientras leía en voz alta para el padre Scriboni, cuando descubrí

que las estrofas respondían a una melodía. Las once sílabas y la *terza rima* fueron, pues, tan naturales que al poco componía mis frases de ensayo con las nuevas palabras en tercetos endecasílabos de dudoso gusto, aunque ajustados al metro. Scriboni celebraba mis ocurrencias y las reía sin recato. Pude haber reparado en lo cerca que están de la belleza las palabras y la música cuando se aúnan, pero ignoraba que en los versos de Dante se ocultaban también enigmáticos números, concepciones decimales y trinitarias, y guiños pitagóricos para componer las tres dimensiones en que se esconde la belleza. Tampoco supe descifrar que Beatriz era un ardid y que, tras la imagen cortesana de la amada desaparecida, Dante no era Orfeo al rescate de Eurídice, sino un intruso que busca desvelar las propias imposturas de los servidores de Dios y acaso de Dios mismo. Semejantes convicciones vendrían más tarde, cuando además de las palabras del genio hube de tener también la pátina de la experiencia mundana y las cicatrices que dejan por igual el amor y el desamor.

Eso vendría más tarde, como digo. Aquel primer año de mi orfandad, entre liturgias y versos fueron transcurriendo las estaciones y creciendo los días. Por fin llegó la noche más corta y poco después del solsticio fui por penúltima vez al molino. Varios pispajos correteaban alrededor del granero. El horno de la tahona estaba encendido y olía a pan recién hecho. No era mi madre quien lo había amasado, pero su aroma avivaba su imagen. No quise ver cómo exhumaban sus restos y los de toda mi familia. Mientras lo hacían y juntaban sus cuerpos en un único cajón de pino, bajé hasta el molino y me senté a la vera del rodézno. El agua fluía como siempre y los engranajes del viejo ingenio reproducían cadencias y ruidos que habían sido la música de mi vida pasada.

Acaso debió aquella música inundar mi alma de nostalgia, pero no fue así. La oí con tristeza, pero no pude añorar al niño

que ya no era. Las cosas no eran las cosas que yo conocía, ni mi casa era ya mi casa. La ocupaban unos extraños, y el aroma de la tahona no pertenecía a mi infancia. Tampoco el retumbar de las muelas, ni el agua que se deslizaba por el saetín. Míos eran mis padres y mis hermanos. El tacto tibio de los peldaños de álamo bajo mis pies descalzos solo entrañaba el placer de conducirme a ellos cada mañana. Faltándome, las cosas no eran sino cosas, como sonidos sin alma, que esperan hallar su espíritu en otras manos aún incorruptas. El rumor del agua que fluía cuando nació era ahora un recuerdo lejano y extraño, y en mi socorro otros sonidos me ayudaban a enmudecerlo: «Ora cen porta l'un de' duri margini, e 'l fummo del ruscel di sopra aduggia, sí che dal foco salva l'acqua e li argini». Los versos de Alighieri se revelaban caprichosos, como queriendo levantar acta de defunción de «Nonpenso» Ancelli, al tiempo que se exhumaban los cuerpos que me dieron vida y la sangre de mi sangre, como mis recuerdos, solo para volver a ser enterrados como polvo que vuelve al polvo. Lo fueron esa misma tarde en el camposanto de Cròta, en una tumba común, pero nominada, para que quedara constancia de que los Ancelli abandonaron juntos este mundo, donde únicamente olvidaron a Lorenzo, tal vez el último de su estirpe, para que pudiera cumplir su destino, que no era morir, sino matar.